

INTRODUCCIÓN

¿N o es repetitivo, y pretencioso, volver a escribir sobre el eterno retorno, la voluntad de poder o el superhombre? ¿No están estos asuntos manidos y desgastados como viejas monedas en las que la efigie ya no es reconocible? La posibilidad y la necesidad de hacer historia de la filosofía radican en que una obra filosófica valiosa nunca se agota hermenéuticamente por completo; quien vuelve a preguntar al texto lo hace desde su peculiar horizonte de comprensión. La última palabra acerca de Nietzsche no ha sido todavía dicha, y nunca lo será. El *Nietzsche definitivo* es tan imposible como un Platón o un Hegel *definitivos*. ¿Quién sabe cómo será contemplado Nietzsche dentro de cien años? Es una ingenuidad pretender que el pensamiento nietzscheano ha sido ya vuelto del derecho y del revés. Bastaría comparar las monografías que se escribían hasta los años sesenta del siglo XX y las que se escriben hoy. Nuevos planteamientos han ido surgiendo a lo largo de los últimos años desde perspectivas insospechadas en aquellos años: el cuerpo como hilo conductor de la filosofía nietzscheana, la relación de Nietzsche con la *posmodernidad*, o su relevancia en la teoría del conocimiento, son tan sólo botones de muestra. Nietzsche sigue siendo un pensador de permanente actualidad, algo que tienen que reconocer incluso los que le niegan el pan y la sal filosóficas, y su presencia sigue siendo necesaria e inevitable entre nosotros.

Nietzsche fue un gran maestro del pensamiento dentro del reducido y selecto grupo formado por cinco o seis nombres señeros. Esto hoy es indiscutible, incluso para sus adversarios más acérrimos. Hasta hace poco todavía de vez en cuando brotaban aquí y allá *escritos de combate*, no contra la filosofía de Nietzsche, lo cual es bien legítimo, sino contra su condición de filósofo, una condición que le era, sin más, negada. Descalifica-

ciones globales y agresivas que hacían de Nietzsche un desequilibrado cuyos desvaríos no deberían ser tenidos en cuenta o como si sus obras fueran una amenaza que había que destruir o un veneno con el que era preciso tratar con guantes para no contaminarse. Otra forma de descrédito filosófico, más sutil o más *dulce*, lo convirtió en poeta (lo que sin duda también fue), con un valor literario dudoso y sin ningún fuste filosófico. Porque ¿qué se puede esperar de un autor *asistemático por sistema*, fragmentario, contradictorio, de fulgurantes intuiciones sin trabazón alguna? ¿No es eso *lo antifilosófico* por definición? Para muchos Nietzsche no fue un filósofo, sino un extravío. El tiempo transcurrió y los esfuerzos de Jaspers, Löwith, Heidegger, Granier, Deleuze, y tantos otros no fueron en balde: Nietzsche ocupa el lugar que merece en la historia de la filosofía. Su imagen de filósofo *enragé*, o de loco profético y genial, todavía se repite en la difusión *popular* de su filosofía y la caracterización de su persona en el imaginario colectivo. Nietzsche es posiblemente el autor (para bien y para mal) con mayor *presencia popular*, su influencia rebasa el estricto ámbito académico. Pero Nietzsche, a pesar de todo, es primordialmente *un filósofo*, ni un profeta, ni un iluminado, ni un reformador social. Él mismo forzó en ocasiones los malentendidos (a los que paradójicamente tanto temió) con su ocasional vehemencia y *terribilidad*, por debajo de las cuales latía una de las mentes filosóficas más agudas de todos los tiempos.

Se ha llegado a decir que los escritos de Nietzsche actúan como un *test proyectivo*, de forma que escribir sobre Nietzsche es siempre *algo más* que escribir sobre cualquier otro. Efectivamente, Nietzsche posee un poder de seducción (o de repulsión) muy por encima de la *media filosófica*. Su capacidad para involucrar personalmente es tan grande que hace difícil mantenerse en la frialdad académica, no es posible ahondar en Nietzsche sin sentirse de alguna manera *afectado* y apasionarse por los problemas. La actitud que se intenta adoptar en este trabajo sólo pretende ofrecer *una* versión posible de Nietzsche sin traicionar los textos *excesivamente*. Quisiéramos, en la medida de lo posible, evitar tomar a Nietzsche como un pretexto para hacer *cualquier* tipo de discurso o caer en una mera lectura erudita, académica y exegética, que prescinda de la tarea de pensar con Nietzsche, contra Nietzsche y más allá de Nietzsche.

Nietzsche no quiso seguidores, sí auténticos amigos y compañeros de viaje, y no los tuvo ni en la cantidad ni con la calidad que hubiera deseado. *Buenos discípulos* no ha tenido ningún gran maestro del pensamiento, porque el mejor discípulo siempre fue el *traidor*, aquel que a partir del maestro supo crear por cuenta propia. Por consiguiente, nos desmarcamos del bando de los *nietzscheanos absolutamente entregados*, porque quizá nada hay más alejado de Nietzsche que pretender serlo a machamartillo y dogmáticamente. No somos, desde luego, *antinietzscheanos* porque nos mueve un confesado *amor conflictivo* por Nietzsche. Creemos que no sólo es posible, sino saludable, no tener que aceptar o rechazarlo en bloque. Es necesario saber abrirse a lo que, a nuestro juicio, sea valioso en Nietzsche, pero también hay que ser capaces de señalar en qué aspectos puede ser insuficiente o excesivo, desmañado, o terrible. Nuestro *amor*

no ha de ser impedimento para guardar, cuando la ocasión lo requiera, una oportuna distancia porque la invitación a pensar, que siempre ofrece Nietzsche, no implica, ni exige, una sumisión total e incondicional. Nuestro trabajo se sitúa dentro de una perspectiva antropológica y cultural y no evita caer de lleno en una interpretación con tintes existencialistas. Hay otros planteamientos posibles, pero éste es el nuestro y pensamos que si se elimina completamente la *dimensión existencial* se cercena gravemente a Nietzsche. Nietzsche es un pensador difícil e incómodo, se procurará no renunciar a esa *incomodidad* y, en la medida de lo posible, mantener vivos los aspectos conflictivos. El pensamiento nietzscheano se resiste, como gato panza arriba, a ser atrapado en rígidos esquemas preconcebidos: cuando creemos que ya tenemos *nuestro Nietzsche*, se nos vuelve a escurrir entre los dedos. Si volvemos a leerlo después de un tiempo de *infidelidad*, y abrimos cualquiera de sus libros, *siempre parece nuevo*, como si fuera *El libro de arena* de Borges. No es una de sus virtudes menores que sus obras conserven la fuerza de volver a ser originales, provocadoras y conmovedoras, incluso para el especialista si es capaz por un momento de olvidarse de que lo es. ¿Oculta Nietzsche, por debajo de una aparente dispersión, un sistema filosófico? Es forzar las cosas pretender *sistematicidad* en quien hizo de la repugnancia por el sistema un rasgo distintivo. Cualquier estructuración realizada *desde fuera*, y que tenga la pretensión de *cerrar* Nietzsche, está condenada de antemano al fracaso. Claro está que eso no quiere decir que porque no hay un sistema completo y trabado Nietzsche sea pura dispersión y contradicción. No es cierto que con Nietzsche en la mano se pueda defender cualquier cosa, *no vale todo*. Nietzsche fue un pensador exigente con sus lectores y la totalidad de sus libros (no sólo el *Zaratustra*) son *para todos y para ninguno*. Fue el pensador de los matices; si se desdeñan, se pervierte su filosofía. En Nietzsche hay coherencia interna pero se trata de una coherencia viva que no renuncia a repensar los asuntos, a cambiar la óptica, enriquecerla y trascenderla. La *superación de sí mismo* está presente de modo eminente en todos sus escritos, en ellos hay *muerte y resurrección* de los asuntos porque hay realmente interés en lo que se está diciendo, porque es algo decisivo.

En Nietzsche *no hay caminos rectos trazados previamente*, sino senderos tortuosos que comunican con otros senderos. Su estudio es siempre una *construcción* (o si se quiere una reconstrucción). No está dado de antemano cuál debe ser el orden expositivo. Nietzsche es un *bosque* en el que nos sorprenden y asaltan los hallazgos. Potenciar un aspecto u otro es ya decidir una lectura determinada. ¿Por dónde empezar y por dónde terminar? Muchos recorridos son posibles, porque no hay recorridos *obligatorios*. En Nietzsche hay articulación interna (y es incluso implacable) pero no es lineal ni sistemática sino un juego de espirales y bucles que se entrelazan ante el lector para que éste lea, en el sentido nietzscheano del *buen leer*.

La reflexión nietzscheana gira en torno a cinco o seis poderosos núcleos temáticos que se alimentan mutuamente. *Pensamientos matrices* que se exigen y complementan

entre sí, limitándose unos a otros como un juego de contrapesos. Es imposible tratar de uno y prescindir completamente de los demás. Esos pensamientos matrices son a nuestro juicio (y no necesariamente por este orden): voluntad de poder, eterno retorno, superhombre, muerte de Dios y nihilismo. Lo honesto es elegir un recorrido y desde él abordar los bucles temáticos nietzscheanos como quien se sumerge en una sucesión de vórtices que se encadenan. Hace años era habitual presentar a Nietzsche según un rígido esquema tripartito o cuatripartito, cuyas etapas estarían marcadas por profundas rupturas; hoy creemos que es más acertado hablar de un *despliegue interno*, de un *crecimiento de lo latente*, su modelo de desarrollo es el del *lento embarazo* que arranca desde dentro. No se puede negar que hay diferencias entre el primer Nietzsche y el de los últimos póstumos, pero tampoco que existe *una especie de puente* (y ese puente es Dionisos) que hermana las primeras (mucho menos wagnerianas y schopenhauerianas de lo que habíamos creído) y las últimas inquietudes. De otro modo quedaría sin explicar la existencia de libros como *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*.

La *fragmentación* es inherente al estilo nietzscheano, un estilo que hizo del aforismo un arte. Esa forma de escribir obedeció a razones de salud, pero también a otros motivos, como el amor de Nietzsche por esa forma de expresión que siempre quiso dominar para llegar a ser en ella un maestro. En Nietzsche la forma nunca es algo baladí, el estilo es un logro, una conquista, una superación. Nietzsche fue consciente de la *infidelidad al propio pensamiento* petrificado al expresarlo por escrito, conocía la inevitable refracción del sentido que sufre el pensamiento cuando se expresa; puesto que cuando una vivencia se convierte en lenguaje, inevitablemente, hay una pérdida de colorido, una simplificación, una disminución de su fuerza. Nietzsche, el paseante, vibró con sus vivencias filosóficas, intelectuales, pero también afectivas y teñidas de emotividad. Su búsqueda de la forma *perfecta*, del estilo propio, es la búsqueda de la expresión capaz de verter, hasta donde fuera posible, su riqueza interior, cubriéndola de un ropaje externo estéticamente relevante. La pasión *del centauro* mezclador de artes y géneros nunca le abandonó y poesía y música están presentes en sus escritos. Especialmente la música es un referente imprescindible en muchas de sus obras y fragmentos, en los que es posible encontrar ritmo y *tempo*, color y expresividad, *crescendos* y *diminuendos*, la voz queda y la trompeta tronante (a veces excesivamente tronante). El propio *Zarathustra* podría contemplarse como una sinfonía en cuatro movimientos.

Uno de los motores esenciales del pensamiento nietzscheano fue recoger el guante del *desafío nihilista* y hacerle frente. Nietzsche supo reconocer los síntomas del nihilismo y profundizar en ellos, pero con la finalidad decidida de desarbolar el pesimismo vital. Esa tarea se sustancia en la transformación esforzada de los aspectos trágicos, inherentes a la existencia, en camino hacia *la cumbre* y afirmación de la vida. Una empresa comparable a la del *alquimista*, que intenta sacar oro de donde no lo hay. Sufriamiento, muerte, absurdo, caos, tedio, soledad y desgana rodean al hombre; son sus *amenazas inevitables* porque forman parte del tejido de la vida.

Este libro originalmente fue concebido como un díptico en dos partes bien diferenciadas. En la primera debería darse cuenta de la presencia del horror y lo abismal, y en la segunda, más luminosa, de la difícil alquimia de la vida por la que los abismos quedan transmutados y reconvertidos en fuente de vida. Pero no ha sido posible mantener siempre esa estructura, tan dicotómica y cerrada, debido al entrelazamiento, casi constante, de *la cumbre y el abismo* en los escritos nietzscheanos. De todos modos, el libro está dividido en dos partes que se corresponden respectivamente y en líneas generales con *el abismo y la cumbre* a los que se alude en el título. El hecho de comenzar por *el abismo* no se debe a considerarlo más atractivo expositivamente, sino porque creemos que la reflexión nietzscheana se alimentó toda su vida del combate contra Schopenhauer, al que siempre tomó absolutamente en serio, como una amenaza siempre capaz de rebrotar.

Este trabajo se abre con un capítulo dedicado al *cuerpo*. El cuerpo es *abismal* porque es una unidad bajo la que late una multiplicidad insondable e inagotable, *transportamos un caos con nosotros, contenemos un universo*. Nuestro cuerpo es una unidad que reposa sobre un fondo-océano de muchos seres inconscientes. Nietzsche se admira ante la realidad corporal y la reivindica como parte de su proyecto de *transvaloración* (de cambio en el modo de valorar) de la que forma parte la capacidad para *desaprender* (*verlernen*) lo que siglos de dualismo y de despreciadores del cuerpo han grabado a fuego. El cuerpo es abismo porque sufre, envejece y finalmente muere, pero también es la fuente de la que manan nuestras fuerzas y la sede del goce. Frente al desprecio del cuerpo Nietzsche propone su cultivo: el cuerpo debe ser escuchado atentamente en sus ritmos y cadencias, lo hemos de cultivar por *amor a la vida*. Es un hilo que nos trae ecos de Ariadna, de Teseo y del Minotauro; si lo seguimos podremos penetrar en el Laberinto y, lo que es más importante, salir de él. Nos conducirá al conocimiento, pero no a un conocimiento puro y desinteresado, sino a una sabiduría *vital*: qué hacer con la vida.

Tras este capítulo inicial se abordan diversos aspectos de lo que de una forma metafórica y acaso un poco *melodramática* (pero también lo hace Nietzsche) hemos llamado *el abismo*. En el capítulo segundo se expone la confrontación nietzscheana con el sufrimiento y su rechazo tanto del pesimismo, que sólo es capaz de ver sufrimientos por doquier, como del optimismo ingenuo. La descripción y diagnóstico de la aparición de lo que Nietzsche denomina un *nuevo budismo europeo* nos conducirá a una de las más insidiosas formas de nihilismo: el nihilismo pasivo, la *dulce* negación de la vida, y la hipersensibilidad ante toda forma de dolor.

El capítulo tercero trata acerca del *abismo por antonomasia*: la muerte. En él nos acercamos a las consecuencias que tiene la negación radical de la trascendencia, y la irreconciliable hostilidad nietzscheana contra toda forma de *trasmundo*. Dentro de la ética nietzscheana del cultivo de sí tiene valor el *aprendizaje de la muerte, morir a tiempo*. *Saber vivir* (que es de lo que trata este libro: cultivarse y hacer de la propia vida

una creación) incluye como último acto *saber morir*. En el capítulo siguiente nos dirigiremos al análisis crítico que Nietzsche hizo de la *compasión*; en él encontraremos muchas de las espinas aceradas que siguen clavándose en los lectores de Nietzsche, como si la denuncia de la compasión estéril fuera una llamada a la atrocidad sin freno o la justificación de toda forma de crueldad. Su denuncia de los efectos perversos de la compasión es honesta y pone al descubierto lo que se enmascara tras los supuestamente *compasivos*. La compasión es la praxis del nihilismo, *la gran náusea*, la tentación que Zaratustra tiene que vencer. Nietzsche no comparte en absoluto la conclusión nihilista (que el nihilismo no tiene *cura*). Vivir creativamente es la respuesta, difícil desde luego, al nihilismo de la compasión *por lo desgraciada que es la existencia*. No hay que vivir con la cabeza abatida por el espanto, sino alzada orgullosamente, *a pesar de todo*.

En el capítulo quinto, dedicado a la soledad, se podrá ver la compleja relación que Nietzsche mantuvo con ella. Fue una maldición y a la vez una necesidad profunda. Después de realizar una especie de *fenomenología de la soledad* (soledad impuesta y elegida, abierta y cerrada, fecunda y estéril) y revisar la relación entre *distinción* y soledad, se trata de la amistad y el matrimonio, contraponiendo su concepto *noble y perfecto* a la caricatura habitual y común de la que Nietzsche hizo despiadada crítica. El capítulo se cierra con unas páginas dedicadas al problema de la comunicación en Nietzsche. ¿Quiso Nietzsche ser entendido? ¿Hasta qué punto se enmascaró voluntariamente? No tiene sentido suponer que estamos ante una filosofía que quiere no ser acogida. Si así fuese hubiera elegido el silencio y no lo hizo. Pero Nietzsche sabía que toda comunicación reposa sobre un fondo de incomunicación de poderosas y profundas raíces.

Los dos últimos capítulos de la primera parte están íntimamente unidos porque en ellos se analizan el eterno retorno y el nihilismo y sus formas. Paradójicamente, siendo el *eterno retorno* una radicalización intensa y extrema de la amenaza nihilista, contiene las semillas de la superación del nihilismo. La interpretación que aquí se defiende, con todo el atrevimiento y los riesgos que ello implica es que el eterno retorno es una metáfora con profundas implicaciones éticas que contiene una revisión esencial del concepto de temporalidad. ¿Cómo vamos a vivir a partir de ahora, si la vida es única e inmodificable una vez que ha sido vivida? ¿Qué repercusiones ha de tener esto *para ti y para mí*? ¿Significa la doctrina del retorno un horror insoportable o un medio de liberación? Respecto al controvertido asunto de si el eterno retorno implica realmente repetición o no, o si se repite *selectivamente*, aquí se defiende que no es tan importante si de hecho *hay* o no repetición, sino que ésta sea *idéntica*. Si mi vida se repite hasta en sus mínimos detalles en el mismo orden y sin variación alguna, entonces es realmente *única*. Vivir es ir dibujando lo que quedará trazado para siempre. Lo decisivo es si ese pensamiento, fuertemente emotivo, produce desesperación o vitalidad. El eterno retorno, empleando las palabras de Nietzsche, ha de ser «hecho sangre y carne» para no quedarse en una mera doctrina más. Del tiempo y su vivencia nos habla simbólicamente el eterno retorno, alterando el modo de enfrentarnos al pasado (aceptación o re-

chazo), al presente (la vivencia del instante) y al futuro (en cuanto apertura). El efecto más radical de la transformación obrada por el eterno retorno es la reconversión de la hostilidad hacia la existencia en *amor*, un acto de afirmación por el que la vida se constituye en lo máspreciado, hasta el punto de que uno desearía volver a vivir la vida otra vez desde el principio como en un tema musical repetido *da capo*.

El capítulo séptimo, dedicado al *nihilismo y sus formas*, cierra la primera parte. En él se trata de la vivencia del nihilismo, un aspecto que en ocasiones ha quedado en la sombra. En este trabajo el nihilismo es considerado una *constante antropológica*, una tendencia arraigada intensamente en lo humano y que desafía a todo hombre en algún momento de su vida. Ya sabemos que hay otros sentidos de nihilismo, *acontecimiento colectivo* de dimensiones de alcance histórico o último avatar metafísico, y también son abordados en este capítulo, pero el aspecto existencial es muy relevante sobre todo si la filosofía de Nietzsche se entiende como *arte de la vida*.

La segunda parte se abre con un capítulo extenso dedicado a aclarar el sentido de la *voluntad de poder*, puesto que a partir de la voluntad de poder arranca la posibilidad del cultivo de sí y la forja del hombre por el hombre. El análisis de la voluntad de poder se centra en su *significado antropológico*, pero sin dejar de tratar de otros aspectos imprescindibles. La voluntad de poder es inseparable de sus múltiples modalidades, es *una* (por compartir una serie de caracteres comunes) pero *se dice de muchas maneras*. Se atiende a su aspecto biológico, antropológico y psicológico, pero también cósmico puesto que la voluntad de poder, junto al pensamiento del eterno retorno, constituye la visión nietzscheana de la realidad, «la idea nietzscheana de mundo», o si se quiere su ontología del devenir de lo múltiple, la acción y el grado. Un asunto que consideramos relevante es que aunque la consideración inicial de la voluntad de poder fue sólo positiva, con el tiempo fue abriéndose paso en Nietzsche la idea de que hay también una voluntad de poder negadora de la vida. ¿Hay pues una *voluntad de poder nihilista*? ¿Hay dos voluntades de poder en conflicto? Y si es así, ¿de qué vida nos está hablando Nietzsche cuando se refiere al *amor a la vida*? Creemos que el aprecio por la vida está inseparablemente unido a un criterio de valor: la vida ascendente. Creemos que es posible defender de un modo suficientemente plausible la existencia de una *moral nietzscheana*, aunque Nietzsche dijera en más de una ocasión *que no quería hacer moral alguna*. Para evitar malentendidos ha de precisarse que Nietzsche es el creador de una *moral* (fundada en la superación a través del cultivo de sí mismo) tan diferente que acaso no le convenga ya el nombre de *moral* si no se hacen muchas matizaciones. Una moral que es *ético-estética y abierta* y que sin embargo huye del *dejarse llevar* y del hedonismo fácil buscando la disciplina y la maestría de los instintos.

El capítulo noveno se acerca a lo que creemos que es uno de los pensamientos clave de la antropología nietzscheana: el concepto de *gusto*, una de las *metáforas* nietzscheanas más determinantes y reveladoras sobre su modo de ver el hombre. Para Nietzsche *gustar es valorar* y ése es el auténtico sentido de la reducción nietzscheana de la ética a es-

tética. El gusto es para Nietzsche una noción antropológica que aúna lo ético y lo estético, el gusto es un *ethos*. La tarea de la vida consistirá en gran medida en la *construcción de uno mismo*. Dar *estilo propio* a la vida (forjar un gusto) es lo que nos individualiza y distingue, y será siempre un arte noble y escaso. El cultivo del gusto es inseparable de la búsqueda de la *excelencia*; no se trata de alcanzar un gusto *cualquiera*, sino de un gusto excelente y *hacia lo alto*. Nietzsche está emparentado con muchos de los grandes pensadores que compartieron una misma inquietud: la determinación de la *vida excelente*, es decir, de la virtud exenta de *moralina* y próxima a sus orígenes clásicos (de *virtus* y *areté*). Virtud entendida como *vigor que se traduce en praxis*. El sujeto del cultivo del *gusto-virtud* es el *sí mismo* (*Selbst*), conjunto psicocorporal jerárquico y en devenir.

El capítulo décimo trata del valor del *riesgo y la vida* peligrosa, la pasión por una *vida potenciada* que sabe arriesgar y convertirse en medio excepcional para el conocimiento y la creación. En lugar de contemplar la vida como una posesión, que se ahorra y no se expone, hay que mirarla como un *experimento arriesgado*. El mejor tipo de hombre para Nietzsche está constituido por *hombres-avanzadilla*, *hombres vanguardia*, auténticos laboratorios de lo humano y por ello rompedores e *inmorales*. Este impulso creador de valores, este *inmoral* ejercicio de experimentación, es el más *moral* (en el sentido nietzscheano) de todos.

La *vida experimental* nos conduce a la noción de *juego vital*, del que se trata en el capítulo undécimo, la posibilidad de *vivir varias vidas en una* y formar diversos *personajes* con nuestros múltiples y ocultos *yoés*. En Nietzsche más que una destrucción del sujeto hay un enriquecimiento. En esta misma línea de *renovación* del concepto de subjetividad se han situado Deleuze y el último Foucault, preguntándose por los *modos de subjetivación* entendidos como invención de nuevas posibilidades y estilos de vida, sin que eso suponga un retorno al sujeto tradicional pero sí el regreso de la pregunta *¿quién soy yo?* Ese yo *inevitable precario y cuestionable* puede llegar a convertirse en toda una esperanza revolucionaria, un *campo* electrónico o magnético en el que la fuerza se pliega sobre sí misma.¹ En este capítulo se estudian las relaciones entre la vivencia de diversos *roles* y la constitución de la personalidad. La vida personal es un trasunto microcósmico del *gran juego* del devenir.

El capítulo doce culmina el recorrido por el cultivo de sí mismo con una presentación del valor de la *alegría* en la filosofía de Nietzsche. Una alegría que no es ingenua ni inocente, sino fruto de la conquista tenaz porque nace de la transmutación de los abismos. Terminamos con un largo capítulo dedicado al *superhombre*, una de las nociones más controvertidas de Nietzsche y que ha hecho derramar ríos de tinta. A pesar de todos los reparos que se puedan poner (para algunos es algo vergonzoso e incluso pasado de moda seguir hablando de *superhombre* y habría que evitar toda esa grandilocuencia), creemos que no se puede prescindir de él sin tergiversar la filosofía nietzscheana. Cual-

¹ Deleuze, G., *Conversaciones*, Valencia, Pre-Textos, 1995, pp. 149-150 y 154-156.

quiera de los conceptos matrices nietzscheanos precisa irremediabilmente de los otros para enriquecerse y sobre todo para limitarse; sin ese límite o contrapeso se desfiguran completamente. El eterno retorno *requiere* el pensamiento del superhombre y de la apertura hacia el futuro, precisamente porque la doctrina del eterno retorno no es una verdad absoluta sino una hipótesis, una perspectiva. Si el eterno retorno se considerara el pensamiento *verdadero y definitivo* (en un sentido dogmático), habría que concluir que superación, proyecto, o superhombre son meras palabras vacías, *divertimentos nietzscheanos reducidos a la nada* ante la realidad incontestable del eterno retorno. Pero ¿son realmente *nada* las llamadas de Nietzsche a la superación de sí mismo y el anhelo del superhombre? Es muy difícil sostenerlo. Creemos que la *carga más pesada* se ha de equilibrar con el pensamiento del superhombre, matizarse para que no lo anegue todo.

El superhombre es contemplado en este trabajo sobre todo desde el punto de vista del *hombre sintético*, un nuevo *tipo* de hombre, una meta siempre renovable y renovada. No sólo contraponemos el superhombre al hombre del presente y al último hombre, sino que intentaremos su caracterización antropológica positiva, sin olvidar que no se trata de dar una nueva definición esencial e inmutable de lo humano, porque a la misma entraña del superhombre pertenecen la determinación plural y una cierta *indefinición*. El superhombre no se deja asir, no se deja aprisionar en unos límites estrechos, porque por su propia naturaleza es lo que rompe límites. El superhombre es el hombre sintético y *dionisiaco*. En la duplicidad simbiótica Apolo/Dionisos se encuentra encerrada la clave de la filosofía de Nietzsche, pues en ella se engarzan muerte y vida, abismo y cumbre, ser y devenir. El cultivo de sí mismo, el *cuidado de sí*, es el medio por el que el hombre se crea y se recrea a sí mismo y el único camino hacia el superhombre. El superhombre no es ni una realidad ya dada ni una meta ultraterrena, sino un *voto*, un *llamamiento*, para aquellos que estén en condiciones de escucharlo. Una justificación de la existencia (que el superhombre *sea* el sentido de la Tierra) que se canaliza a través de la justificación de *mi existencia*.

Éste ha sido esencialmente un trabajo de reflexión personal y confrontación con los textos de Nietzsche. Se ha utilizado también bibliografía secundaria, pero no se ha pretendido en ningún momento una redacción academicista y erudita. Tal vez no se haya conseguido pero ésa fue la intención inicial. Para los textos se ha empleado la edición crítica, ya canónica, de Colli y Montinari, que aparece citada con las siglas *KSA* y el número del tomo y páginas correspondientes. Cuando hay traducción castellana se incluye también; en otros casos, como en la mayoría de los escritos póstumos, la traducción es propia.